

# Los Estudios Culturales en España: Más allá de la Filología

Sara Martín Alegre

*Universitat Autònoma de Barcelona*

[Sara.Martin@uab.cat](mailto:Sara.Martin@uab.cat)

**NOTA:** Texto de la charla impartida en la Facultade de Filoloxía, Universidade de Santiago de Compostela. 25 Marzo 2009. No está modificada en relación a los hechos transcurridos desde entonces.

Ahora que estamos en pleno conflicto sobre el modo en que se está implantando en España la convergencia europea en el espacio de educación superior –o plan Bolonia– es un momento óptimo para reflexionar sobre la posición de los Estudios Culturales en la universidad española o, mejor dicho, sobre su anacrónica marginación. Os contaré que en mi universidad, la Autònoma de Barcelona, el plan Bolonia ha conducido al re-etiquetaje de todas nuestras filologías, que han perdido su nombre original.

Recuerdo el día en que, tras una votación en el Departamento que aún llamamos de Filología Inglesa, le comuniqué, como su Directora (2006-8), a la Facultad de Letras nuestra decisión de llamar a nuestro nuevo grado a la boloñesa ‘Estudios Ingleses’. Seguíamos así, como la mayoría de Departamentos de Filología Inglesa en España, las pautas acordadas por AEDEAN, la Asociación Española de Estudios Anglo-Norteamericanos. Recuerdo con claridad la sonrisa condescendiente del compañero de Filología Española cuando me espetó, para mi sorpresa, ‘cómo se nota que eres de Estudios Culturales’ y las críticas del compañero de Filología Clásica, muy reacio a abandonar la etiqueta de ‘filología’ (cosa que en ningún caso le pedimos los de inglés que hiciera). Al final, lo que son las cosas, ofreceremos el próximo curso (2009-10), si lo

permiten los estudiantes anti-Bolonia, un nuevo grado en ‘Estudios Clásicos’, mientras que las Filologías Catalana y Española han pasado a denominarse ‘Lengua y Literatura Catalanas’ y ‘Lengua y Literatura Españolas’, respectivamente. El grado en Estudios Franceses, por cierto, sobrevive subordinado a la Universitat de Barcelona (o compartido con ésta) y hemos perdido muy lamentablemente el que tenía que haber nacido de la licenciatura en ‘Literatura Comparada y Teoría de la Literatura’.

Estas nuevas etiquetas evidencian, como se puede ver, más que un cambio de orientación un pánico total a la poca comercialidad de la palabra ‘filología’, palabra que, me dicen muchos colegas, la mayoría de estudiantes ya no comprende. Intuyo que es así. Habiendo sido partícipe principal en la transformación de la ‘Filología Inglesa’ de la UAB en ‘Estudios Ingleses’ puedo asegurar que la nueva etiqueta es, a mi pesar, sólo eso, una etiqueta más atractiva pero en modo alguno un auténtico giro en el modo en que enseñamos todo lo relacionado con la lengua, la Literatura y la cultura inglesas. Y es que la palabra ‘Estudios’ que tanto inquietó al compañero de clásicas no ha entrado en la lista de grados universitarios por analogía con los ‘Estudios Culturales’ sino porque, simplemente, nos era muy complicado explicarle a los colegas europeos qué es esto de la Filología y más aún encontrar un equivalente en inglés, ya que ‘English Philology’ se refiere específicamente al estudio de textos antiguos en inglés. Pensad que en Inglaterra, la titulación equivalente a la licenciatura o grado dedicado a la Literatura se llama sencillamente ‘Inglés’ (los estudiantes interesados por la lengua estudian ‘Lingüística’), mientras que la gran mayoría de Departamentos europeos y americanos dedicados a las segundas lenguas se llaman ‘Estudios’.

He mencionado ya varias veces los ‘Estudios Culturales’ sin explicar todavía qué son y cómo se distinguen de la Filología; veamos, pues, si aclaro (o complico) estos puntos. Empezaré por la Filología, usando el diccionario, aunque sea algo un poco pedestre. La definición de ‘filología’ que nos ofrece el de la Real Academia Española tiene

dos acepciones: 1) Ciencia que estudia una cultura tal como se manifiesta en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos y 2) Técnica que se aplica a los textos para reconstruirlos, fijarlos e interpretarlos. Una parte de mis colegas de Literatura son ‘filólogos’ estrictos que se dedican mayormente a, según reza el diccionario, ‘reconstruir, fijar e interpretar textos’, se entiende que del pasado, para publicar ediciones críticas. La mayoría, sin embargo, de quienes trabajan al amparo de la etiqueta Filología en España son lingüistas (incluso teóricos), o bien críticos literarios y culturales. Nos dedicamos en este segundo caso a comentar o glosar obras y autores que consideramos relevantes, construyendo colectivamente un discurso crítico, se llame Estudios Literarios o Estudios Culturales.

Os doy ya una pista importante de las complicaciones de esta situación: los ‘Estudios Literarios’ estudian una Literatura dentro de una Filología; los ‘Estudios Culturales’, en cambio, aunque han aparecido en España enmarcados en las Filologías, se extienden a las Ciencias de la Comunicación, la Sociología y la Antropología, y eso a pesar de que en su contexto original suelen ser una disciplina independiente.

El problema de la diferencia entre la Filología y los Estudios Culturales radica, de hecho, en un desacuerdo sobre qué es una cultura y qué es la cultura. Repito, pues, la definición principal de ‘filología’ que da la RAE para analizarla: “Ciencia que estudia una cultura tal como se manifiesta en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos”. La primera palabra, ‘ciencia’, ya plantea un problema porque mientras la Filología nace en el siglo XIX como ciencia positivista dedicada a la acumulación y estructuración de datos, en especial histórico-lingüísticos, los Estudios Culturales nacen en el XX como crítica de la objetividad total supuesta por esa ciencia. Personalmente, no me considero científica (aunque soy investigadora) sino crítica cultural, ya que entiendo que mi tarea académica es la elaboración de discurso crítico basado en el pensamiento y no en la investigación de datos. Evidentemente, para

elaborar discurso hay que acumular datos pero en Estudios Culturales se tiende a hacerlo como cimiento del pensamiento crítico y no como fin en sí mismo.

Prosigo con la definición de Filología, ya sabéis, “Ciencia que estudia una cultura tal como se manifiesta en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos”. Según esto, lo primordial de la Filología es que estudia una cultura concreta en sus manifestaciones lingüísticas; éstas, preferentemente las escritas, son pues un vehículo para conocer la cultura que las produce y no un estudio de objeto independiente, cosa que explica que en España no haya titulaciones de Literatura separadas de la lengua. Puede tener sentido enfocar de este modo el estudio de las Literaturas Clásicas, ya que sin intensa preparación filológica no son accesibles. Este modelo filológico tradicional es menos útil, sin embargo, para las lenguas vivas cuya Literatura, en especial la del presente, no requiere una preparación lingüística previa y puede, por lo tanto, ser estudiada al margen de la filología. Este es, justamente, el modelo seguido en Gran Bretaña para la entrada de la Literatura Inglesa en la universidad.

Otro problema es que aunque, lógicamente, de la lengua del pasado sólo nos queda lo escrito, a partir del siglo XX la palabra se empieza a conservar también en registros orales y audiovisuales de tanta o más relevancia que los literarios –como por ejemplo el cine y la televisión, medios que solemos llamar ‘populares’. La pregunta que surge, por consiguiente, es si, puestos a estudiar cómo una cultura usa su lengua, y cómo funciona internamente esa lengua, tiene sentido limitar ese estudio a lo literario de registro alto (es decir, lo no popular o comercial). Si nos preguntamos hoy cómo podemos, por ejemplo, conocer más a fondo la lengua inglesa y su cultura, ¿podemos con sinceridad responder que en base a su Literatura? Y a qué Literatura nos referimos, ¿Charles Dickens o Agatha Christie? Si nos visitara el proverbial marciano, ¿con qué tipo de textos lo educaríamos en el conocimiento de la cultura española? ¿Con las obras de

Lope de Vega o con las películas de Paco Martínez Soria? ¿Es acaso la Literatura española, o la gallega, o la catalana, la manifestación cultural más importante en su lengua propia?

Imagino que muchos de vosotros responderéis ‘por supuesto’ a esta última pregunta ya que, al fin y al cabo, la Literatura es el uso artístico de la lengua y, por lo tanto, uno de los bastiones de lo que llamamos Cultura (con mayúscula). El problema es que, como he repetido hasta cansaros, la definición de filología del RAE habla de ‘una cultura’ y no de ‘la Cultura’, cosa que revela que la palabra es polisémica y, como todas las de su clase, traicionera. ¿Qué deben estudiar, pues, la Filología y sus descendientes, los Estudios? ¿La Cultura con mayúsculas de la que forma parte la Literatura? ¿O la cultura en minúsculas, que cabe entender en el sentido antropológico de ‘civilización’? La Filología tradicional dice que sólo la primera, la que va en mayúscula porque es minoritaria; los Estudios Culturales dicen que esta segunda, la que va en minúscula, porque es la de todos.

Aquí va pues mi definición, tentativa: Los Estudios Culturales son una disciplina y una metodología independientes que estudian una cultura en una lengua determinada desde el punto de vista de los textos que genera, entendiendo por texto cualquier manifestación cultural susceptible de ser leída. Para nosotros lo importante es generar el mapa completo de los textos de una cultura, y ver cómo se interrelacionan más allá de lo que le interesa a la Filología. Entendemos, por lo tanto, que la Literatura puede y debe estudiarse desde los Estudios Culturales al ser una parte esencial de cualquier cultura, pero entendemos también que su estudio debe ir acompañado del de todos los demás textos para así situarla en contexto y dar una medida exacta de su impacto.

Son ‘textos’ susceptibles de ser estudiados por los Estudios Culturales la Literatura de alta creación, la narrativa no literaria, la televisión, el cine, la radio, la prensa, los cómics, los videojuegos y todo aquel medio en que se use la palabra pero también otros

objetos de estudio propios de una cultura concreta, como por ejemplo nuestros cuerpos, internet, el ocio, la moda, la música, y un largo etcétera. Para no solaparnos con la Sociología y la Antropología, que se centran en los hábitos y prácticas sociales, la versión de los Estudios Culturales que solemos practicar con más frecuencia se limita a las representaciones textuales. Por ejemplo, yo me dedico a los Estudios de las Masculinidades dentro de los Estudios Culturales Ingleses. No estudio, por lo tanto, los hombres reales que son parte de la sociedad de habla inglesa sino los textos, principalmente narrativos, en que son representados para ver qué modelos masculinos, ideales o no tanto, predominan en la cultura de lengua inglesa.

¿De dónde sale todo este discurso y por qué somos los investigadores de Departamentos de Filología Inglesa los que lo propagamos? La respuesta es muy sencilla: los Estudios Culturales son de origen británico. Aparecen como reacción crítica a un modo de estudiar la Literatura que se considera elitista, y que fue establecido en Inglaterra por el crítico Victoriano Matthew Arnold y el profesor de Cambridge de la primera mitad del s. XX, F.R. Leavis. Horrorizado por la ignorancia de la Literatura, rampante entre la clase media inglesa, y por el avance de las masas, debido a la entonces naciente sociedad de consumo, Matthew Arnold –poeta e inspector de escuela– proclamó en su libro *Cultura y anarquía* (1869) la necesidad de convertir el estudio de la Literatura en una herramienta civilizadora a través de la educación primaria y secundaria. Arnold creía que la lectura de las mejores obras de las mejores mentes era la receta ideal para contrarrestar no sólo la ignorancia burguesa (que él llamó filistinismo) sino también las diferencias sociales tendentes a la anarquía, pensando que un país educado con el mismo legado literario a todos sus niveles sería un país con fuerte espíritu nacional y gran cohesión social.

Décadas más tarde, F.R. Leavis, se encargó de cohesionar a su vez el legado literario del que Arnold hablaba, dotando al sistema universitario inglés de un método de estudio crítico para la Literatura, y ordenando ésta en lo que llamó la ‘gran tradición’. En

su momento Leavis fue un gran revolucionario al rechazar de plano el estudio historicista de la Literatura favorecido por la tradición filológica europea de origen alemán, cosa comprensible tras la Primera Guerra Mundial. Leavis prefirió formar a los estudiantes en la crítica literaria de los textos más exigentes de la Literatura Inglesa, crítica que él creía imprescindible para elevar la cultura e incluso la moralidad del resto del tejido cultural y social. El problema es que, desde su torre de marfil en Cambridge, Leavis no concebía que alguien con tan sofisticada formación crítica universitaria pudiera interesarse por textos que no fueran alta Literatura. Y ahí chocó con los tres grandes pioneros de los Estudios Culturales en Gran Bretaña: Richard Hoggart (autor de *The Uses of Literacy*, 1957), E.P. Thomson (autor de *The Making of the English Working Class*, 1963) y el insigne Raymond Williams (autor de *Culture and Society 1750-1950* (1958) y de *The Long Revolution* (1961))

Básicamente, estos estudiosos integraron corrientes de pensamiento de izquierdas en la universidad británica de los años 60 y argumentaron que la producción cultural no podía ser prerrogativa de un solo nivel social y/o educativo. Tomando en consideración las condiciones de producción y consumo de la Literatura Inglesa, llegaron a la conclusión de que todas las clases sociales participan en la vida cultural de una comunidad, redefiniendo la palabra 'cultura' como el conjunto de textos y prácticas que genera una civilización determinada. Hoggart fundó en 1964 el Birmingham Centre for Contemporary Cultural Studies, hoy tristemente desaparecido, y lo dirigió hasta su relevo por parte de Stuart Hall, a su vez director hasta 1979. Entre ambos dotaron al centro y a los Estudios Culturales de un fuerte componente sociológico basado en Marx, discurso que hoy nos parece gastado por efecto de la caída del Comunismo, pero gracias al cual podemos defender la idea de que, por ejemplo, la televisión no es tan sólo un grosero instrumento de atontamiento de las masas, sino un modo de crear producción cultural valiosa desde perspectivas no elitistas. Quien crea que, por ejemplo, *Los Simpsons*, que llevan 20 años en antena, no son un producto cultural de suma importancia es que no entiende la idea de cultura.

A partir de los años 80, los Estudios Culturales se vieron enriquecidos con la entrada de los Estudios de Género feministas y los Estudios Post-coloniales anti-racistas, disciplinas que en su conjunto se basan en examinar cómo lo social condiciona lo personal, y que explican que el individuo, lejos de estar atrapado por el sistema vive en una permanente relación de resistencia (o de colaboración) con éste. Ya no fue posible limitarse a estudiar los textos desde una postura crítica marxista sin que el crítico evaluara antes su propia identidad. Yo misma soy una mujer blanca, catalana bilingüe, atea, heterosexual, de orígenes obreros y eso hace que mi visión de la cultura inglesa sea necesariamente muy distinta de la de, por ejemplo, un hombre negro de una ex-colonia africana, monolingüe inglés, musulmán, homosexual y de clase alta. Es imposible que ante un texto ambos veamos lo mismo, tal como pretendía el positivismo en el que se basa la Filología tradicional.

Esto suele ser lo más complicado de explicarle a quien empieza Estudios Culturales: hay que abandonar la idea de que el texto tiene una verdad única, una sola manera de leerlo, y aceptar que se abre a muchas interpretaciones según quien lo lea. Por supuesto, estas interpretaciones no son libres sino que tienen que encajar en metodologías concretas. Puedo, por ejemplo, realizar una lectura crítica de *Los Simpsons* en relación a la presentación de la familia americana pero si me empeño en demostrar que la bebé Maggie es el centro de la serie, simplemente no tengo razón. Ahora mismo estamos debatiendo en los Estudios Culturales si realmente entendemos el concepto de identidad desarrollado en los últimos 20 años, basado en parámetros de género, sexualidad, raza, etnicidad, religión, edad y nacionalidad. Hasta hoy se asume que si un escritor es, por ejemplo, irlandés, ésta es su identidad primordial y hay que leer, así pues, su obra bajo este prisma. Pero ¿y si el escritor es además mujer, negra, lesbiana y de 80 años? ¿A qué le damos prioridad? Parece claro que nuestra identidad personal condiciona cómo creamos y cómo consumimos los textos de nuestra cultura pero parece también

claro que las personas somos mucho más complejas. Podría sentir, por ejemplo, que el hecho de que soy fan de Coldplay define mejor mi identidad que el hecho de que soy profesora universitaria pero eso es algo que los actuales Estudios Culturales aún no pueden teorizar. Sigue siendo, en todo caso, muy importante asumir que no hay un modo neutro de crear, consumir o estudiar cultura que sirva para todos y que establezca una verdad absoluta al estilo del método científico, sin que esto signifique que carecemos de metodología.

Volviendo a la Gran Bretaña, los Estudios Culturales transformaron allí el estudio de las Humanidades, Literatura incluida, permitiendo la creación de nuevas titulaciones. De esto se beneficiaron a partir de los 80 las universidades de ‘ladrillo rojo’, es decir, las fundadas tras la Segunda Guerra Mundial, y las universidades politécnicas, que inauguraron grados en Estudios Culturales, a solas o combinados con Estudios de los Medios de Comunicación o con Sociología. Como dato curioso, os contaré que el catedrático de Literatura Inglesa en la universidad escocesa de Stirling es Simon Frith, quien ha desarrollado una interesantísima carrera académica en el campo del pop y el rock dentro de los Estudios Culturales. Cuando le pregunté admirada cómo lo había conseguido me respondió que la receta es sencilla: lo importante es que, se estudie lo que se estudie, se haga con un método académico muy riguroso. Se puede estudiar William Shakespeare muy mal, pese a la ‘seriedad’ del tema, y se puede estudiar *High School Musical* muy bien, pese a su ‘trivialidad’; lo que importa es que el investigador o crítico crea en la importancia del objeto de estudio y aplique con rigor su metodología.

Volviendo a España, os recordaré que la ‘Filología Inglesa’ nació en Salamanca en el año 1954 como parte de las nuevas Filologías Modernas. La entrada de lenguas extranjeras supuso un avance inusitado en la cerrada España de Franco, si bien el modelo a seguir fue el tradicional de la ‘Filología Hispánica’, establecido por Menéndez Pidal por asimilación del modelo alemán del s. XIX. La ‘Filología Inglesa’ practicada en España como

filología de segunda lengua (aunque para nada de segunda fila), no tiene nada que ver con la versión inglesa, naturalmente, ya que ésta es una filología de primera lengua. El estudiante que se acerca a nosotros viene interesado por la lengua y suele llevarse una sorpresa, no siempre agradable, cuando se le pide estudiar Literatura Inglesa y algo de Historia. Muy pocos escogen esta licenciatura por su interés en la Literatura Inglesa y aún menos en la alta Cultura, aunque es muy posible que se hayan decantado por la Filología Inglesa gracias a otros textos en inglés, como el cine o la música popular (a mi me ocurrió).

La situación es muy distinta en Gran Bretaña o en Estados Unidos, donde los estudiantes pueden escoger entre grados dedicados íntegramente a la lengua, la Literatura o los Estudios Culturales, sin olvidar los Estudios de Cine o los de Televisión. Hay que decir que, en todo caso, los estudiantes anglo-americanos que cursan una segunda lengua, por ejemplo, Estudios Hispánicos, dan por hecho que lo harán dentro de los Estudios Culturales. Paradójicamente, los hispanistas extranjeros que trabajan en Estudios Culturales se sienten cómodos publicando sobre temas impensables para un departamento de Filología Hispánica en España, sean los cómics españoles o las películas de Almodóvar. Y es que en nuestro país la división disciplinaria es muy peculiar.

Tenemos Departamentos de Filología, de Historia o de Historia del Arte, en Facultades de Humanidades y tenemos Facultades de Ciencias de la Comunicación, de Sociología y de Antropología pero no tenemos Departamentos que permitan estudiar una cultura en su totalidad a través de sus textos. Si a un estudiante le interesa lo catalán, se encontrará que no hay unos Estudios Culturales Catalanes que aglutinen todos los textos en esa lengua, sino que deberá estudiar Literatura Catalana en Filología Catalana, cine y televisión catalanes en Ciencias de la Comunicación, arte catalán en Historia del Arte, etc. Esta dispersión se manifiesta también entre los investigadores y docentes españoles. Los hay que hacen Estudios Culturales sin saberlo (por ejemplo, con libros como el estupendo

*Los niños de los Chiripitiflaúuticos* del periodista Ignacio Elguero, sobre la generación de los nacidos en los 60). Hay otros que los hacen como incursión puntual (por ejemplo, José Miguel Cortés, profesor de Teoría del Arte, en su libro *Orden y caos: Un estudio cultural sobre lo monstruoso en el arte*). Y hay incluso quienes dan por acabados los Estudios Culturales como moda 'guiri' que no ha llegado a implantarse en España aunque, entre otros, Ángel Badillo, de la Universidad Pontificia de Salamanca, ha comentado que tal vez se debe a una barrera lingüística. Y es que los textos fundacionales de los Estudios Culturales en inglés se conocen poco y mal. Fallan las traducciones, muy escasas, y lo cierto es que pocos académicos españoles leen en inglés (excepto, claro está, los de Filología Inglesa).

Ocurren otras cosas frustrantes que contribuyen a esa dispersión de la que hablaba. Por ejemplo, a los investigadores españoles dedicados al cine y la televisión anglo-americanos que trabajan en Ciencias de la Comunicación les produce extrañeza que alguien de Filología Inglesa escriba sobre el tema. A nosotros más bien nos produce extrañeza que se pueda escribir sobre el cine y la televisión sin conocimientos profundos sobre el idioma y la cultura que los generan. Y es que en España se trabaja en base a una intensiva especialización muy territorialista que hace que cualquier intento de abrirse a lo multidisciplinario se vea como una amenaza. Y, desde este punto de vista, la petición de los Estudios Culturales de dedicar más tiempo en las titulaciones de Filología a manifestaciones que no sean la Literatura se ve como una amenaza directa a su estudio. *Esta es una postura errónea.*

Nos cuenta Chantal Cornut-Gentille, de la Universidad de Zaragoza y una de las fundadoras de los Estudios Culturales Ingleses en España, que hay incluso una situación de abierta hostilidad (1995: 40), debida, según creo, a un profundo desconocimiento. Los Estudios Culturales, aclaro, *no son* un ataque contra el estudio de la Literatura, aunque sí contra la metodología tradicional del estudio literario dentro de la Filología, sobre todo la

que obliga a venerar los clásicos sin explicarnos por qué, ni cómo han llegado a ser clásicos. Los estudiosos conservadores de la Literatura piensan a menudo que en Estudios Culturales no leemos Literatura, como si leerla fuera incompatible con la defensa del estudio de otro tipo de textos. En Estudios Culturales aspiramos, de hecho, a ser omnívoros, tan capaces de hacer crítica del *Ulysses* de James Joyce como de la saga de videojuegos *Resident Evil*. No estamos en contra de que haya Estudios Literarios, ¿cómo íbamos a estarlo?, pero sí que rechazamos la imposición de las jerarquías canónicas que hacen de lo literario un hecho incontestable. Cuando el insigne profesor Harold Bloom nos dice que hay que leer a William Shakespeare y no la saga *Harry Potter*, yo lo siento mucho por Bloom porque encuentro mucho placer en leer a Shakespeare pero también en leer las novelas sobre Harry Potter. Los placeres son distintos pero no son incompatibles ni pierdo de repente mi capacidad crítica cuando leo a Rowling. Me parece inaceptable la censura gratuita al igual que me parece inaceptable que me denieguen la opción de enseñar o de escribir sobre la saga *Potter* libremente,<sup>1</sup> ya que es obvio que es un texto de grandísima relevancia para quien quiera entender la cultura en lengua inglesa de hoy. Del mismo modo, jamás le negaría a nadie su derecho a enseñar y a escribir sobre Joyce, incluyendo la vertiente puramente filológica de sus textos. ¡Faltaría más! Yo quisiera aprenderlo TODO, y lo triste es que me encuentro con muchos profesores (y algunos estudiantes) que defienden con gran agresividad un modelo basado en la ignorancia, creyendo erróneamente que así defienden mejor la Literatura.

Rechazo, eso sí, aprender y enseñar los textos sin contexto y ahí es donde se hace necesario reconsiderar el papel de los Estudios Culturales en la Literatura. La filología

---

<sup>1</sup> De hecho, sí llegué a enseñar una asignatura optativa de cuarto curso en el curso 2013-14, 'Estudios Culturales: El Caso *Harry Potter*' con gran éxito y sin que nadie objetara, aunque sí es cierto que fui bastante cauta a la hora de programarla. Quizás pecamos un poco de cobardes a la hora de asumir mayores obstáculos que los que realmente encontramos.

tradicional entiende por contexto la lista de obras literarias que han influenciado a una posterior. Jane Austen, así pues, sería heredera de Henry Fielding y de Frances Burney. Desde que Julia Kristeva acuñó el término hablamos más bien de ‘intertextualidad’, que es una manera de ver los textos en relación a sus predecesores pero también a sus coetáneos y a sus sucesores. Ahora mismo, es imposible enseñar Jane Austen sin trabajar las numerosas adaptaciones al cine y la televisión, ya que probablemente más personas han conocido a Austen a través de ellas que de la lectura de sus libros. Igualmente, hay que enseñar Austen en relación con la evolución de la novela romántica, desde las hermanas Brontë a Bridget Jones. Sucede, sin embargo, que el contexto no se agota en los textos literarios sino que bebe de la sociedad que los rodea. Me preguntaba hace poco un compañero del Departamento de Inglés de la Universidad de Manchester cómo hacíamos para enseñar Jane Austen ya que él mismo tenía dificultades en la Inglaterra natal de la autora para poner sus textos en contexto y al alcance de sus estudiantes ingleses. Lo cierto es que en la UAB solíamos confundir a los estudiantes enseñándoles primero Austen (en segundo) y luego ‘Historia de Inglaterra’ (en tercero). Por fin hemos decidió enseñar Historia el primer semestre de primero, para así dar una base a la lectura de la Literatura. A mi me enseñaron a leer a Austen como gran novelista que había generado un modelo muy productivo para narrar las pequeñas minucias de la vida cotidiana, y sólo he aprendido con los años qué esas minucias revelan un contexto social al que no es deseable exponer a los estudiantes, sobre todo a las estudiantes, sin un fortísimo sentido crítico. Las minucias de Austen reflejan un rígido código patriarcal en el que, para hacernos una idea, las leyes dictaban que la mujer casada pasaba a ser literalmente propiedad del marido. En ese contexto legal era muy importante, obviamente, escoger marido bien ya que ni las damas solteras podían trabajar ni había prácticamente posibilidad de divorcio. Y de eso trata la soltera Austen: de la angustiada necesidad de hallar el perfecto caballero, el hombre que la tratará a una con exquisito respeto aunque sea su propiedad personal.

Al enseñar Austen puedo, pues, limitarme a su vertiente literaria o puedo hacer reflexionar a mis estudiantes sobre las diferencias en los regímenes legales y amorosos del siglo XIX y el XXI. Si hago lo segundo genero Estudios Culturales, ya que estoy concienciando a mis estudiantes sobre el hecho de que las obras literarias no son ideológicamente neutras. Cuando invito a mis estudiantes a pensar sobre su propio presente y su propia identidad, y sobre su relación con los textos del pasado, puede suceder que se rebelen ante mi elección de textos. Este riesgo es parte de hacer Estudios Culturales ya que no hay que forzar a nadie a aceptar lo que uno considera éticamente rechazable por muy estético que sea. Y no creo que haya que eximir a los clásicos de esta regla. Éstos deben depender para su supervivencia no sólo de sus valores estéticos sino de su ideología y si llega un día en que dejamos de leer a Austen por lo que nos cuenta, así será. Por otra parte, dando hace poco un seminario sobre la masculinidad en la película *300*, adaptación de la novela gráfica de Frank Miller, un estudiante objetó que yo veía demasiada carga ideológica en lo que para él era simple entretenimiento. Esto es un error: todos los textos contienen ideología, lo cual no quiere decir que sus autores se planteen con toda frialdad crearlos como panfletos. No creo que Austen tuviera el código civil inglés a mano cuando escribió sus obras pero si quiero entenderlas a fondo necesito conocer su contexto cultural, que sí incluye lo legal.

Uno de los temas más candentes en relación a los Estudios Culturales es, precisamente, hasta qué punto son efectivos como metodología crítica y a qué conduce esta crítica. Tony Bennett nos dice que “los estudios culturales se ocupan del análisis de formas y actividades culturales en el contexto de las relaciones de poder que condicionan su producción, circulación, despliegue y, desde luego, efecto” (1998: 60). Las relaciones de poder condicionan, por supuesto, no sólo la circulación de los textos sino la presencia misma de los Estudios Culturales en la universidad, ya que su implantación depende de la lucha de una minoría contra costumbres establecidas. Stuart Hall, ya mencionado, argumenta que por ello los mejores Estudios Culturales deberían producirse al margen de

la universidad, libres de toda servidumbre, postura muy loable si no fuera porque dudo mucho de que alguien pueda ser crítico cultural riguroso en su tiempo libre más allá de llevar un blog. Adam Katzl (1997) dice que, inevitablemente, los Estudios Culturales se han acomodado al funcionamiento tradicional de la universidad, y que no son una praxis crítica sino una especialidad más, algo más combativa por estar a la defensiva. Katzl niega que se pueda hacer crítica cultural seria desde el acomodo de un empleo universitario e incluso llega a decir que más de un especialista se ha montado su chiringuito para explotar la moda en beneficio propio. Glenn Jordan, por su parte, sospecha incluso que los Estudios Culturales existen porque la potente editorial británica Routledge mantiene abierto el mercado que creó para los mismos (2000: 105). Puede que tengan razón pero también hay que pensar que la universidad tiene muy poca influencia real en la sociedad y que los Estudios Culturales no son un partido político (aunque sí son de izquierdas). Y explotadores los hay en todos los lados.

Me interesa más lo que dice Michael Byram, uno de los pocos británicos que se preocupa por la función de los Estudios Culturales en un Departamento de inglés como segunda lengua. Byram cree que quienes se especializan en segundas lenguas aprenden gracias a los Estudios Culturales a reflexionar de manera comparativa, cosa que contribuye al entendimiento intercultural (1997: 57). El problema es que si seguimos las pautas de los Estudios Culturales esta reflexión debería ser crítica, y si nos fijamos en lo que decía Bennett en relación al poder en seguida vemos que vivimos en una complicada situación de dependencia académica del entorno anglo-americano. Me preocupa que nuestro españolísimo retraso crónico nos haga abrazar los Estudios Culturales por necesidad de ponernos al día más que por convencimiento, y me preocupa que esa puesta al día dilapide la energía necesaria para crear un discurso *propio* en relación a los Estudios Culturales. De momento, funcionamos como epígonos del discurso anglo-americano, que aplicamos sin pensar en que somos, no ya españoles sino incluso más específicamente gallegos o catalanes. Lo más triste es que incluso si conseguimos

elaborar ese discurso propio, tendrá nulo impacto en los Estudios Culturales anglo-americanos, no por mala voluntad sino porque quien es el centro del imperio académico siente poca necesidad de fijarse en la periferia. A veces se consigue, como ha sucedido con el estupendísimo volumen *Introducing Cultural Studies: Learning through Practice* de nuestro compañero en la Universidad de Murcia, David Walton, libro que es best-seller académico en Gran Bretaña. Pero se consigue con aportaciones que obedecen al pie de la letra el espíritu de los Estudios Culturales anglo-americanos.

Volviendo, ya para acabar, a los nuevos grados, estos Estudios Ingleses que pronto daremos son una oportunidad perdida no sólo para ponernos al día respecto al mundo anglo-americano (y al europeo) sino también para innovar, para pensar un nuevo modelo capaz no sólo de sustituir la vieja filología positivista del siglo XIX sino también de actualizar el que proponen los Estudios Culturales del XX para la España del XXI. Hay quien piensa que los estudiantes no tienen nada que decir sobre el tema pero habiendo visto peligrar las titulaciones de Filología Francesa en Cataluña por falta de demanda me pregunto cuánto tiempo tiene que pasar antes de que articulemos el estudio de las culturas en base a ofertas realmente abiertas a *toda* la cultura y no sólo a la Cultura con mayúscula. No se trata, insisto, de sustituir la lectura de John Milton con el visionado de *Los Simpsons*, ni la de Cervantes con *Los hombres de Paco*, sino de educar al estudiante en la práctica de la lectura crítica y muy bien informada de cualquier tipo de texto, incluyendo nuestras propias metodologías. Igualmente, cabe estimular entre los especialistas en lengua y Literatura de cualquier idioma una mayor receptividad hacia esos otros textos, en la docencia y en la investigación.

Los Estudios Culturales no son el anuncio del fin de la Cultura con mayúsculas, la rebelión de las masas que tanto temía Ortega y Gasset, sino el intento más serio de que no se rompa la relación entre esas masas y la Cultura, cosa que sucederá si se insiste en la hiper-especialización y en el elitismo. Se puede, al fin y al cabo, celebrar el año de *El*

*Quijote* con todo el impacto mediático del mundo pero si nadie lee el libro, o lo hace sólo por obligación, la conmemoración es inútil. Y todo esto, en suma, es lo que, desde mi pequeño rincón de la aldea global y según mi identidad y experiencia personal, entiendo como Estudios Culturales. Ahora espero que lo hablemos.

### Referencias

- Badillo, Ángel. "El (tardío) refloreCIMIENTO de los estudios culturales." 1998. <http://www.terra.es/comunicacion/articulo/html/com41.htm>
- Bennett, Tony. *Culture: A Reformer's Science*. London: Sage, 1998.
- Byram, Michael. "Cultural Studies and Foreign Language Teaching." En Bassnett, Susan (ed.) *Studying British Cultures: An Introduction*. London: Routledge, 1997. 53-64.
- Cornut-Gentille D'Arcy, Chantal. "Power and Culture: A Cultural Outline of the Doubtful Position of *Cultura* in the Spanish Curriculum. Hand, Felicity; Cornut-Gentille D'Arcy, Chantal (eds.) *Culture and Power*. Bellaterra: Servei de Publicacions de la UAB, 1995.
- Cortés, José Miguel. *Orden y caos: Un estudio cultural sobre lo monstruoso en el arte*. Barcelona: Anagrama, 1997.
- Elguero, Ignacio. *Los niños de los Chiripitifláuticos*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2004.
- Hall, Stuart. "Cultural Studies and Its Theoretical Legacies." During, Simon (ed.) *The Cultural Studies Reader*. London: Routledge, 1993. 97-109.
- Jordan, Glenn. "Where is Cultural Studies Today?" *AEDEAN Newsletter*. November 2000. 99-111.
- Katzl, Adam. "Postmodern Cultural Theory: A Critique." *Cultural Logic*, Volume 1, Number 1, Fall 1997. <http://eserver.org/clogic/1-1/katz.html>
- Walton, David. *Introducing Cultural Studies: Learning through Practice*. London, etc: SAGE, 2008.

## CREATIVE COMMONS LICENSE



### Attribution-NonCommercial-NoDerivs (by-nc-nd)

**You are free:** to Share — to copy, distribute and transmit the work under the following *conditions*:

**Attribution** — You must attribute the work in the manner specified by the author or licensor (but not in any way that suggests that they endorse you or your use of the work).

**Non-commercial** — You may not use this work for commercial purposes.

**No Derivative Works** — You may not alter, transform, or build upon this work. You're specifically forbidden to generate academic research and publications based on this paper, though you may quote from it. If you wish to cite it, the correct **citation** would be:

Martín Alegre, Sara. “Los Estudios Culturales en España: Más allá de la Literatura” (2009) Bellaterra: Departament de Filologia Anglesa i de Germanística, Universitat Autònoma de Barcelona, 2015.

**Notice** — For any reuse or distribution, you must make clear to others the license terms of this work. If in doubt, contact the editor, Sara Martín Alegre ([Sara.Martin@uab.cat](mailto:Sara.Martin@uab.cat))